

“Decidme, y ni los mares ni los montes
Opondrán á mi marcha una barrera;
Yo removiendo iré los horizontes;
Y, adelante, adelante en mi carrera,
Traspasaré el Eufrátes y el Oróntes,
Hasta encontrar la valla postrimera
En que la tierra en el abismo se hunde,
Y en eterna tiniebla se confunde.

Mas sino vive aún Proseguir quiso,
Y en sus rígidos labios entreabiertos
Tropezó la palabra de improviso;
Estáticos, inmóviles é inciertos
Quedarón todos, como si un hechizo
Sintieran, y giraba en los desiertos
Su vista errante interrogando al suelo,
A su ser mismo, á su conciencia, al cielo.

Una música insólita ha llegado
En ondas sonoras á su oído,
Cual si todos se hubieran congregado
Los ruiseñores que su blando nido
En la floresta umbrífera han colgado:
Ellos, con el aliento comprimido,
Están absortos, y explicar no pueden
Los ritmos que en su oído se suceden.

Crece el pasmo, y estalla de repente
Un grito de terror; se rompe huyendo
La densa sombra; un astro reluciente,
Un vivo foco avanza, descendiendo
Hacia la montaraz, pávida gente
Que la vista y el pulso va perdiendo;
Hasta que al fin, entre soberbias galas,
Un rostro brilla y unas grandes alas:

Flota en el viento una áurea cabellera,
Y agítanse los pliegues vaporosos
De una veste de nieve. Un angel era,
Que dejara los reinos luminosos,
Y la nueva más fausta y lisongera
Llevaba á esos pastores venturosos,
Que ya, prontos á huir, estos acentos
Romper oyeron los dormidos vientos.

“¿Por qué teméis, pacíficos guardianes
De la tímida grey? ¿por qué el espanto
Se pinta en vuestros bruscos ademanes,
Cuando yo vengo del empíreo santo,
Do se ignoran la angustia y los afanes,
A enjugar para siempre vuestro llanto,
Cuando todo os convida á la alegría
En esta noche, bella más que el día?

«Yo soy de vuestra dicha el mensajero;
Os traigo una magnífica embajada
Que llenará de goce el orbe entero,
Y jamás por los siglos fué escuchada:
¡Ha surgido ya el Astro placentero
Del seno de esta noche suspirada!
¡Vive ya el Salvador de los mortales!
¡Respira vuestro Dios auras vitales!

«No le busquéis en marfilina cuna,
Ni entre el oro y la púrpura esplendente
Del alcázar soberbio, ni entre alguna
Pompa regia ó divisa del potente.
A la humilde Belén la gran fortuna
Tocó de dar al mismo Omnipotente
Un mezquino benévolo hospedaje:
Esta señal os doy de mi mensaje.

«Sobre un poco de paja, reclinado
En rústico pesebre, un tierno niño
Hallaréis en pañales abrigado,
Más blanco que la nieve y el armiño;
Húmido antro, de musgo tapizado,
Techo le presta sin ningún aliño:
Los primeros seréis en adorarle,
Y humildes vuestros dones presentarle.»

Como el labriego, que al volcar el duro
Tergo de la gran madre, con la aguda
Reja le arranca de su seno obscuro
Riquísimo tesoro, que en la muda
Tiniebla reputábase seguro;
Salta de gozo, y á su suerte cruda
Dando un eterno adios, súbito deja
Los tardos bueyes, la luciente reja:

Así la turba pastoril rompía
En un grito de júbilo, é impetuosa
Del humilde collado descendía,
Corriendo hacía la gruta venturosa
Que sus vivos fulgores esparcía;
E, imitando una marcha victoriosa,
El son de sus rabelos caminaba,
Y la corta distancia devoraba.

Quien lleva en las espaldas un cordero,
Quien de aprensada leche grueso disco,
O lo que pudo merodear primero
Al dejar la majada y el aprisco;
Y los otros, de esbelto cocotero
Las crines agitando ó del lentisco,
A la santa caverna al fin llegaron,
Y sus músculos todos se agitaron.

Aquella corte celestial hería
La vista con sus vivos resplandores,
Y en compacta falange se mecía
Mil tapices tegiendo de mil flores
Con que la roca toda se cubría,
Esmaltada de vívidos colores:
Tan solo aquel pesebre, la real cuna,
Tosco, desnudo está sin pompa alguna.

Allí fijan los coros pastoriles
Su atónita mirada: allí amoroso,
Alargando sus brazos infantiles,
Ven sonreír un parvulillo hermoso
Que los llama y convida. Entre febriles
Trasportes y un insólito alborozo,
Se acercan, se prosternan á adorarle,
Y su rústica ofrenda presentarle.

Mas ¿quién, Caliope augusta, quién creyera
Que en medio de tan dulces emociones,
Entre el vivo entusiasmo de la esfera,
Entre miles de aligeras legiones;
Ave tartárea, informe, se atreviera
A invadir esas fúlgidas mansiones
Donde ya el Verbo mora? Negra espía
Era aquel monstruo de la noche umbría.

Hórrido buho de cornuda frente,
Ojos de brasa, grifo, espeluznado,
Allí anidado había furtivamente;
Y en un ángulo estrecho acurrucado
Giraba en torno su pupila ardiente,
A hurtadillas espiondo aquel sagrado
Recinto, que se trueca en el palacio
Del gran Monarca del azul espacio.

Pensó en el triunfo, y lo creyó seguro:
¡Ha encontrado señales tan palmarias
Con que halagar á Belzebub impuro!
Ya empezaba á eructar las funerarias
Frasas del himno estigio, ronco y duro,
Compuesto por las furias sanguinarias:
Cuando un etéreo púgil, advirtiéndolo
La presencia feroz del monstruo horrendo;

Sobre su frente descargó sañudo
El flamígero acero, en semejanza
De aquel signo terrible con que mudo
Tiembla el Erebo, y pierde su pujanza.
La negra ave graznó, y al reino crudo
Precipítase, y huye sin tardanza.
La indignación entonces se despierta
En la olímpica corte, y está alerta.

Entre tanto la aurora lentamente
Abre las puertas de ese grande día
Más bello, más risueño y transparente
Que aquel primero en que la noche fría
Arredrose ante el sol resplandeciente:
Ebrio de dicha, el cielo sonreía,
Una reina ataviada semejando
Que solo la diadema está esperando.

Salmo nuevo, gigante, la natura
Preludia entonces, de entusiasmo henchida
Entre las copas de la selva obscura,
De perfumes cual nunca enriquecida,
Lo ensaya murmurando el aura pura;
Palpita en la creación la nueva vida,
Un solo ritmo, una pujante nota
Del universo enagenado brota:

Cuando la excelsa celestial milicia,
Queriendo intimidar al negro Averno,
refrenar su encono y su sevicia,
Y rendir homenaje al Rey eterno,
Que su carrera de dolor ya inicia,
¡Ay! transformado en parvulillo tierno:
Se remonta del aire á las regiones,
Y extiende sus vistosos pabellones.

Un simulacro bélico prepara;
Va á reconstruirse aquella lucha ardiente
Que á Satán de su trono derribara,
Cuando protervo, de armas reluciente,
Contra el eterno trono conspirara,
Bronco retando al mismo Omnipotente.
Ya desfilan los huestes inmortales,
Luciendo sus divisas y señales.

Purpúreas crestas por el aire ondean,
Y los bruñidos cascos y broqueles
Con terrible fulgor relampaguean,
Relinchan los indómitos corceles,
Y los jefes magnánimos campean
Por sus nobles insignias y joyeles,
Y en las aéreas playas luminosas
Alistan sus falanges numerosas.

Da la trompeta el bélico sonido,
Y el ejército etéreo en el momento,
En dos alas inmensas dividido,
Se acomete con choque tan violento
Que el empíreo retiembla, y da un crujido;
Se estrechan, se confunden por el viento
Cocoteles, celadas y lorigas,
Y bridones y rápidos aurigas.

Tres veces á encontrarse se arrojaron
Los beligeros ínclitos guerreros,
Y otras tantas en paz se retiraron,
A embestirse con ímpetus más fieros;
Y ni los fuertes yelmos se mellaron,
Ni embotarse pudieron los aceros,
Hasta que al fin la trompa sonora
Puso fin á la lucha belicosa.

Y entonces aparece de repente
La solemne ovación, irradiada
Por el trémulo brillo del oriente:
De humilde pasiflora coronada,
De los caudillos órlase la frente,
Y la triunfal escuadra engalanada
Avanza lenta entre purpúreas nubes,
Ceñidas de lindísimos querubes.

Noble doncel, hermoso cual lucero,
Va al frente de la augusta comitiva
Desplegando el gran lábaro guerrero
En que del hombre la esperanza estriba;
Otro, en sus manos lleva placentero
Gran columna bañada en sangre viva;
Otro, de espinas hórrida diadema,
Y cada cual un misterioso emblema.

Hasta que al fin, con paso majestuoso
Llegó el convoy espléndido á la falda
De obscura montañuela. El Astro hermoso,
En lugar de vestirla de oro y gualda;
Con purpúreo ropaje sanguinoso,
De un vívido matiz, cubría su espalda,
Que, entre nimbos y aureolas de granate,
Orëaba la brisa del combate.

Hizo alto allí la pompa peregrina;
Y el signífero alado, reverente
En la cumbre plantó de la colina
La magnífica enseña refulgente
(Ante la cual todo poder se inclina)
Que, ondulando en el aire transparente,
Parecía cobijar el vasto suelo,
Y entre sus pliegues envolver el cielo.

“Resplandece la Enseña victoriosa;
La Enseña del gran Rey surge teñida
Con la sangrienta insignia misteriosa
En que habrá de morir la misma Vida,
Que con su misma muerte ignominiosa,
Dará muerte á la pérvida Homicida.
¡Será el áspero tronco de un madero,
De Dios el trono sobre el mundo entero!”

Así el laureado ejército cantaba,
Prorrumpiendo en un grito de victoria,
En frente del pendón que tremolaba,
Como un prelude de la insigne gloria
Que al volver de los años le esperaba
Sobre una cima del doliente Moria.
¡Salve, divino monte, que más tarde
De tu ilustre blasón harás alarde!

Mientras, la turba pastoril seguía
Tributando pacíficos honores
Al tierneco Rey, quien recibía
Ufano sus ofrendas y loores.
Son ya las rocas de esa gruta fría
El centro de su dicha y sus amores;
No pueden de esa cuna desprenderse,
Y á su rebaño triscador volverse.

Todo esto los arroba y embelesa:
¡Tales gracias, encantos y hermosura
Entre una extraña singular pobreza!
Lucha su pensamiento y se tortura
Sin poderse explicar tanta grandeza
Que de allí mana á toda la natura;
Sus ideas se mezclan y confunden,
Y, por fin, en el vértigo se hunden.

Mas ya se acerca ese fatal momento
De tener que dejar aquestos lares;
La tarde va á exhalar su último aliento,
Busca su tumba el sol entre los mares,
Los astros, en el alto firmamento
Cual fúnebres antorchas, á millares,
Poblando van las playas de zafiro,
La noche empieza su callado giro.

“Es fuerza abandonar estas mausiones
De dicha tanta, ya Efraím exclama,
Y volver á las plácidas regiones
A do el oficio y el deber nos llama:
Pero el último sea de nuestros dones,
(Esto una viva gratitud reclama)
Arrullar los ojuelos infantiles
Al son de nuestras flautas pastoriles.

“Un canto genetliaco ensayaremos;
Vuestras arpas templad, vuestros rabeles;
La más grande obra del amor cantemos,
Aunque el arte nos niegue sus joyeles,
A este niño tan bello celebremos,
Nuestro Dios, que dejando los dinteles
De su inmenso palacio allá en la altura,
Vino á buscar tan mísera creatura.”

Así él hablaba: y súbito inflamado
Tobías, submayoral, de estro divino,
Con que no rara vez hánse crispado
Los músculos de un rústico mezquino;
Entonó, cual oráculo sagrado,
Aqueste epitalamio peregrino,
Que los bardos etéreos, en gran coro,
Confiaron luego á su laúd sonoro.

“Te bendigo ¡oh Creador omnipotente!
Tu inmensa gloria por doquier destella,
Desde el roble y el cedro redolente,
Hasta el tomillo que la planta huella;
Desde el rey de los astros refulgente,
A la remota más pequeña estrella;
Desde la alta montaña blanquecina,
Hasta la humilde herbífera colina.

“Cuando yo escucho de tu voz el trueno
Que por la tierra con fragor retumba;
Cuando desgarras de la nube el seno
Y tu rayo los árboles derrumba;
Cuando le quitas al volcán su freno,
Y las ciudades trueca en vasta tumba:
Estas cosas me pasman, me horrorizan,
Y mis cabellos y mi piel se erizan.

“Mas al verte bajar de los sitiales
De tu altísimo alcázar diamantino,
Y esconder tus fulgores eternals
Dentro del barro de este ser mezquino,
Y enlazarte á los míseros mortales
Con el nudo más fuerte y peregrino:
Esto me asombra aun más, y me arrebató,
Y mis potencias y mis fibras ata.

“Grande eres, oh Jehová, del mundo dueño,
Y altamente magnífico y loable:
Pero hoy, al contemplarte tan pequeño,
Más bello me pareces, más amable;
Ya cierre tus ojuelos blando sueño,
Y esta rústica trova me sea dable
Cantar para arrullarte, dulce niño,
Más blanco que la nieve y el armiño.

“¡Cuánto puedes, oh amor! Gentil doncella,
Gran prodigio de gracia y hermosura,
Más que la aurora y el lucero bella;
De la gentil Sarón en la llanura
Vió la primera luz: era la estrella
De toda esa región; sencillá y pura
En el hogar pacífico crecía,
Do cuantiosas riquezas poseía.

“Su rebaño sin número triscaba
Hasta las verdes faldas del Carmelo;
Ella misma su hato apacentaba
A la margen del límpido arroyuelo,
Que su noble belleza retrataba:
Sus galas todas ofrecíale el suelo,
Cual si cautiva la natura entera
En su gracia y primor se complaciera.

“Para ella la aurora purpurina
Las perlas llora de sus rizos de oro,
Para ella la fuente cristalina
A la sombra murmura del acoro,
Y el ave de la selva más vecina
Trinos ensaya en armonioso coro;
Se abre á sus plantas la encendida rosa,
Y la violeta y azucena hermosa.

“Era envidia del reino de las flores,
El encanto de todas las zagalas,
El desvelo y amor de los pastores:
Pero ninguno á su querer dió alas,
Ni osó al oído murmurarle amores;
Pues el gran Rey de las etéreas salas,
El mismo eterno Amor había sellado
Ese virgíneo pecho no violado.

“Pero en hora fatal, hora funesta,
Tanta dicha y belleza disipóse.
Era la hora en que el grande astro asesta
Sus más férvidos dardos; recostóse
A la sombra gentil de una floresta,
La bella jóven, y al sopor rindióse
Sin recelar, incauta, ningún daño,
Mientras, á la par, sesteaba su rebaño.

“Cuando, del fondo de la selva obscura,
De improviso brotó sierpe terrible,
Tan maligna en su índole y figura,
Que tan sólo su aspecto era temible
A la misma aura juguetona y pura.
El dragón agilísimo y flexible
Arrastróse por la árida hojarasca,
Semejante en su andar á una borrasca.

“Dió un gran bufido al columbrar su presa,
La niña recostada entre tomillos,
E, irguiendo la crestífera cabeza,
En el pecho clavóle los colmillos;
Y luego el monstruo con tan gran fiereza
La envolvió en sus elásticos anillos,
Que crujieron los huesos dislocados
De la virgen, quedando triturados.

“Y, cual ronco torrente que abandona
Su cauce, y al correr vortiginoso
Los más altos reparos desmorona,
Y arrolla los rebaños espumoso,
Y ni robustos árboles perdona:
Así el dragón fatal sigue furioso
Ganados y pastores destrozando,
Y el arroyo y la hierba emponzoñando.

“Languidecía doquier en la pradera
La macilenta grey, sin que la fuente
O el infecto manjar gustar pudiera;
Y lo que no mató la gran serpiente,
Víctima fué por fin de peste fiera,
Que cundía doquier impunemente:
Así en llanto trocóse, en solo un día,
Tanta gracia, fortuna y alegría.

La dóncella, entretanto, moribunda
Yace en su lecho, entre hórridos dolores:
Es su angustia tan grande y tan profunda,
Que á la muerte prodiga sus amores;
Mas ésta sus requiebros no secunda.
Los tósigos ocultos destructores
Sus entrañas corroen como brasa,
Y en insaciable sed ella se abrasa.

“Triaca alguna ni hierba le prestaba
Ligero alivio, en su fatal dolencia,
Y la marchita virgen arrastraba
Mísera, penosísima existencia:
Con ella aun la mañana agonizaba,
Perdido su frescor y transparencia;
Pálido el campo, solitario y yerto
Gemía con el gemido del desierto.

“Mas quiso el cielo al transcurrir los años
Consolar á esa virgen tan doliente,
Y del gran monstruo reparar los daños,
Príncipe nobilísimo y potente,
Dueño de inmensas tierras y rebaños,
Llegó á aquella región fortuitamente,
E, informado de tanta desventura,
Abre su pecho á singular ternura,

“Y pide se le lleve sin demora
A la alcoba do yace la doncella
Entre la angustia cruel que le devora.
Llegó, la vió, sintió luego por ella
Algo que lo arrebató, lo enamora:
Fúlgido rayo de beldad destella
Aún la mustia virgen; se adivina
Algo celeste entre tan grande ruina.

“¡Cuánto puedes, oh amor! El poderoso
Príncipe ya resuelve desposarse
Con la enferma beldad, y generoso
Extiéndele la mano. Desatarse
La lengua ella no pudo; un amoroso
Lampo vino en sus ojos á posarse,
Y, con dulce sonrisa intelegible,
Protestóle un amor inextinguible.

“Esto bastó al Amante. El poseía,
Mágico talismán con que al momento
Todo bien á su esposavolvería.
Al tumor sanguinoso y virulento,
Do el colmillo la sierpe hincado había.
De su boca aplicó todo el aliento,
Y sorbió todo el tósigo intestino
Que allí dejara el diente viperino.

“Y, adaptando á esos lánguidos despojos,
Su persona, juntó frente con frente,
Pegó boca con boca, ojos con ojos,
Y estrechó á la zagala fuertemente:
Así otro tiempo dió á la muerte enojos
Un gran profeta, á cuya voz potente
Ella soltó su presa aletargada,
En la más tierna edad arrebatada.

“Así la hermosa ninfa de improviso
Sintióse transformada, cual si oyera
La gran palabra del más grande hechizo.
Tan bella apareció, que su primera
Hermosura sería fulgor postizo;
Toda angustia y dolor desapareciera:
Saltó del lecho, y amorosos lazos
Encontró de su esposo entre los brazos.

“!Ya de un trono era dueña, ya su frente
A ceñir la diadema se aprestaba.
Con rica pompa, en tanto, alegremente
La gran boda real se celebraba:
Jamás el astro que su carro ardiente
Dentro las ondas azulinas lava,
Un día contempló de mayor gloria,
Que vivirá del hombre en la memoria.

“Así tú ahora, oh párvulo divino
Pero ya suspendamos, compañeros;
El dulce sueño ya á posarse vino
Del infante en los límpidos luceros;
Que algo aletea sobre ellos, adivino:
Serán quizá los genios placenteros
Que duermen en el cáliz de las flores,
Y allí labran perfumes y colores.

Partamos, pues la sombras se dilatan
Negras, corriendo á paso agigantado,
Como lobos que hambrientos se desatan.
La grey reclama ya nuestro cuidado;
Y, si mal mis palabras no se acatan,
Creed que retornar nos será dado
A visitar este santuario agreste,
Del tiernecico Rey, mansión celeste.

Así Tobías hablaba, con voz grave
Intimando el silencio: á mala pena
Se alejan de esa gruta, donde cabe
El que el inmenso firmamento llena.
Y en tono alegre, concertado y suave,
Su canto pastoril de nuevo suena:
Despiértanse los montes soñolientos,
Y del amor repiten los portentos.

 Fin del Canto Sexto 

